

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 277.

Alicante 25 de Marzo de 1876.

Año VII.

EL ALMA HUMANA:

SU ESPIRITUALIDAD,

IV Y ÚLTIMO.

Entremos en la segunda dificultad antes indicada, que oponen los materialistas á la espiritualidad del alma, y que toman de la influencia del cuerpo sobre esta y de las relaciones continuas entre ambos, que parece suponen que son una sola y única sustancia. Procuraremos analizar bien las cosas.

Al mismo tiempo que creemos en la diferencia del alma y del cuerpo, confesamos que, según las leyes establecidas por el Criador para su union, existe entre ambos una correspondencia perpétua. El alma está hecha para el cuerpo, y el cuerpo está hecho para el alma: esta es una reina, cuyos ministros y servidores más ó menos fieles son los órganos del cuerpo.

No decimos que las impresiones hechas sobre los sentidos no exciten en el alma sensaciones é ideas, ni que los deseos y afectaciones del alma no causen movimientos en los órganos, que el

alma no tenga necesidad mas particularmente del ministerio del cerebro para las operaciones de su inteligencia, ni que la constitucion física, la edad, el clima y el régimen no influyan en el estado del alma; no es esto lo que ahora se discute, y es por consiguiente inútil hacer una pomposa narracion de todas las relaciones que existen entre el alma y el cuerpo, y han sido observadas y reconocidas en todos tiempos. Todo esto es consecuencia de la union del alma con el cuerpo, y todo prueba su mútua relacion, pero no su identidad. No es por la union y dependencia de dos sustancias por lo que se debe decidir de la identidad de su naturaleza, sino por sus ideas, propiedades y efectos, según hemos establecido al principio. Esta es la regla fija, única é infalible para juzgar bien, y que nos ha obligado á confesar que el alma se distingue del cuerpo.

El materialista ve que el estado del alma se modifica por el del cuerpo, y se empeña en inferir que el alma es corpórea. Vendrá un espiritualista que observará que el estado del cuerpo se modifica frecuentemente por el del alma, que los sentimientos de

placer ó de dolor, de ódio ó de amistad afectan y conmueven los órganos y la fisonomía, hasta el punto de manifestarse en ella visiblemente; y concluirá que lo que creemos que es un cuerpo no es mas que una apariencia de tal, y una ficción de nuestra alma semejante á las visiones de un sueño. Para evitar estos extravíos reconozcamos la influencia recíproca del alma y del cuerpo, veamos en el hombre una inteligencia unida á los órganos, y digamos que el cuerpo es como un instrumento de que necesita el alma para el ejercicio y desarrollo de sus facultades intelectuales.

El alma tiene sin duda cualidades que de ningun modo convienen á los órganos; pero como, en general, solo por el ministerio de estos despliega sus facultades, ¿deberá admirarnos que los defectos, las imperfecciones y la alteración de estos órganos puedan notarse en las operaciones del entendimiento?

Se observa comunmente que parece sigue el alma las vicisitudes del cuerpo, y como que crece y envejece con él. No negaremos lo que pueda haber de verdad en esta observacion tomada en general, pero es preciso no llevarla demasiado adelante, ni excedernos en sus consecuencias. Porque los pensamientos de un niño sean débiles, ¿creeremos que la debilidad de su entendimiento proceda únicamente de la de sus órganos? No; tambien procede de su falta de experiencia y de conocimientos adquiridos, de su ignorancia

en la lengua que se le habla, y de no aplicar á ella ideas bien precisas. Figurémonos dos niños de una organizacion del todo igual, pero que el entendimiento del uno haya sido cultivado desde su más tierna edad por una educacion esmerada, y que el del otro haya sido del todo descuidado: el primero manifestará á los diez años una inteligencia, que el segundo no tendrá ni aun á los veinte.

Nos admiramos de la concordancia que se cree notar entre el desarrollo del alma y el del cuerpo; pero guardémonos de formar de esta conformidad una regla general é invariable. ¡Cuántas excepciones no admite! ¡Cuántas almas se manifiestan superiores á los ataques que sufre el cuerpo! ¡Qué vigor y qué elevacion de pensamientos se advierte muchas veces en cuerpos débiles, y qué debilidad al contrario en cuerpos vigorosos! ¡Qué magnanimidad en algunos ancianos, y qué abatimiento en otros hombres aun en su edad viril! Y esos niños delicados, esas mujeres tímidas, esos ancianos decrepitos, á quienes tantas veces se ha visto desafiar los tormentos y la muerte, y presentarse tranquilos á pesar de tener sus miembros y órganos mutilados, rotos y destruidos por el hierro y por el fuego, ¿de dónde han sacado tanto heroismo? ¿No se manifestaba su alma independiente de sus órganos? No; no siempre la degradacion del cuerpo trae consigo la del alma; y son tantas las excepciones, que ellas solas nos suministrarían una nue-

va prueba de la diferencia que hay entre el alma y el cuerpo.

En lugar de ver en el desarrollo sucesivo y proporcional de una y otro una prueba de la materialidad del alma, veamos lo que es realmente un rasgo admirable de la sabiduría del Criador, y un medio por el que conserva la armonía de este mundo. Por lo tanto diremos, tomando el pensamiento de un apologista moderno: Si un niño tuviese su razón completa, le sería insufrible la debilidad de su cuerpo; y lejos de sonreírse en el seno de su madre, se le vería triste, inquieto y zeloso aspirar con impaciencia á todo el vigor de su padre; tendría, aún envuelto en sus pañales, las pasiones y los proyectos de un hombre, y enfureciéndose de no poder satisfacer sus deseos, el mismo conocimiento de su libertad le haría mirar como una horrible prisión la cuna donde descansa tranquilamente. Los padres no tendrían otra autoridad que la de la fuerza, y los ancianos carecerían de aquel derecho legítimo que les da la madurez de sus juicios al respeto de la juventud. Todo se trastornaría en el orden de las cosas humanas. Diremos en dos palabras, valiéndonos de las mismas del escritor que ha refutado el *Sistema de la naturaleza* con una lógica invencible: «Es cierto que hay una dependencia mutua entre el cuerpo y el alma; pero es un delirio inferir que dos cosas son idénticas porque entre ellas haya una mutua dependencia.»

Entramos en la última dificultad tomada de la semejanza entre el hombre y los animales. Se conviene en que los animales sienten y piensan, y sin embargo se niega que tengan un alma espiritual; de lo que se quiere inferir, que puede tal vez suceder lo mismo respecto del alma humana. Por de contado no podemos menos de estrañar la conducta de los materialistas, que quieren que juzguemos del hombre por los animales; porque al cabo conocemos con el sentimiento más claro y vivo todo lo que pasa en nosotros, los pensamientos y las operaciones de nuestro entendimiento, pero carecemos de toda noción respectiva al principio interior que hace obrar á los animales. Si sus acciones son visibles, su causa se oculta á nuestra sagacidad; y para juzgar con acierto sería preciso haber vivido en el animal, y haber experimentado y sentido lo que pasa en él cuando ejecuta sus operaciones. «El verdadero filósofo, dice un distinguido escritor, camina de lo que conoce á lo que ignora. ¿Por qué rareza, pues, se quiere juzgar de lo que se conoce por aquello que se ignora? ¡Extravagante dialéctica! ¿Deberemos acaso buscar la luz en el centro de las tinieblas?»

En el animal se echa de ver el instinto que le dirige, aquella fuerza desconocida, cuyos efectos vemos, en virtud de la cual en todos tiempos y lugares hace uniformemente las mismas cosas. Hay también en el hombre, en ciertos casos, una especie de ins-

tinto ó causa indeterminada y ciega de lo que hace, en virtud del cual el niño recién nacido toma el pecho para alimentarse, los ojos heridos por una luz demasiado fuerte se cierran con rapidez, presentamos las manos en una caída para libertar la cabeza, y cuando sostenemos un peso por un lado inclinamos el cuerpo hacia el opuesto para guardar el equilibrio; cuyos movimientos y otros semejantes ejecutamos maquinal é indeliberadamente, en lo cual nos parecemos por el instinto á los animales.

¿Qué otra cosa vemos en el hombre? Que por sus órganos, sea interiores ó exteriores, recibe impresiones involuntarias, sensaciones de frío ó de calor, de alegría ó de pena, las cuales se refieren á su bienestar, á su conservación y á su salud, en una palabra, que tiene un alma sensible. Nada nos impide conceder alguna cosa semejante á los animales, como creer que el fiel compañero del pastor es sensible á la mano que le acaricia y le castiga; que el caballo es dócil por sentimiento al que le guía; bajo este aspecto pueden tener un alma no semejante á la nuestra, pero sí de una naturaleza inferior y capaz de sentir.

¿Y en dónde se encuentra que la religion condena semejante opinion? ¿Desde cuándo ha impuesto la obligacion de creer que los animales son como las plantas, que vegetan y crecen sin experimentar la sensacion del calor que las vivifica ó de las lluvias que las riegan? Cuando nuestros li-

bro santos nos hacen una pintura tan magnífica por su sencillez de las obras de la creacion, se contentan con decir que Dios cubrió la tierra de plantas, colocando en cada especie la semilla que debia reproducirlas; pero hablando de los animales los llaman *una alma viviente*; por lo que nada nos prohíbe conceder á los animales un alma sensible como la del hombre hasta cierto punto.

¿En qué consiste, pues, la diferencia? Héla aquí. Obsérvese á los animales, y se verá que caminan siempre de un mismo modo, y que sus acciones son constante y generalmente las mismas: incapaces de nuevas combinaciones, ni inventan ni perfeccionan: los hijos no saben más que sus padres, y lo que saben es sin haberlo aprendido. ¿Qué animal ha descubierto un modo nuevo de defenderse, de ponerse á cubierto de las asechanzas del hombre, de construir su morada y de vivir en sociedad? La golondrina del Mogol construye su nido del mismo modo que la de Europa; al otro lado del Vístula como mas acá del Ebro, la abeja fabrica sus panales con la regularidad más uniforme, y el castor no es hoy más ni ménos hábil que lo era hace dos mil años.

Esta rigorosa é invencible uniformidad parece suponer que los animales son más bien movidos por una fuerza cuya direccion no está á su arbitrio, que por una razon que medita, combina y se determina eligiendo. Sobre todo, ¿quién se atreverá á decir que el animal puede elevarse hasta el

autor de su ser, que admire sus divinas perfecciones en la belleza de este mundo, que conozca el orden y la virtud, que siga las leyes é impulsos de la conciencia y rinda al Criador homenajes voluntarios?

Véase por el contrario, ¡qué admirable variedad en las obras del hombre! Cada día hace nuevos descubrimientos, manda á la materia por medio de las artes y de las ciencias y cambia la faz de la tierra. Abraza en su comprension todas las obras del Criador para admirar en ellas la suprema sabiduría, unas veces patente y otras oculta, pero siempre adorable, y se eleva, por último, al conocimiento del bien, de la verdad y de la eternidad.

Ahora nos es ya fácil responder á las dificultades de los materialistas, y podemos decirles: ¿queréis, como Descartes, que los animales sean puras máquinas sin pensamientos ni sensaciones? Pues bien, entonces no es extraño que carezcan de alma, y no puede hacerse el menor paralelo entre ellos y nosotros que pensamos y sentimos sin que nos sea posible dudarlo. ¿Queréis, al contrario, concederles sensaciones y pensamientos? En este caso se os puede desafiar altamente á que probeis que no tienen alma, no diremos como la del hombre y tan perfecta en sus facultades, pero sí un alma cuya existencia esté limitada á la del animal, y cuyas funciones se dirijan á la conservacion y necesidades físicas del mismo.

¡Cosa singular! ¡El hombre, soberbio hasta el punto de arro-

garse lo que procede del Criador, y de mirar con zelos el bien de sus semejantes, hace hoy esfuerzos prodigiosos de ciencia y de ingenio para persuadirse que las bestias valen tanto como él, y que se diferencia muy poco de ellas! Pero al mismo tiempo que se degrada al hombre hasta nivelarle con las bestias, se quiere ennoblecer á éstas concediéndoles las facultades é inteligencia del hombre. Se ponderan las inclinaciones y sentimientos de los animales; se mira con enajenamiento la resignacion y discrecion de un pájaro enfermo: así se envilece la dignidad de la especie humana, y así una filosofía, áun mas abyecta que atrevida, procura despojar al hombre en cierto modo de sus derechos, y sublevar contra él las demás criaturas.

Falsos filósofos intentan introducir la democracia en la naturaleza, así como falsos políticos la introdujeron en la sociedad; y para servirnos de la expresion de un grande escritor: «Parece que el pueblo de la creacion conspira á destronar á su Rey.» Pero no: la soberania del hombre no perecerá, y á pesar de los sofistas siempre conocerá la excelencia de su destino. Su preeminencia sobresale por todas partes: se descubre en la majestad de su porte, en la dignidad de su frente, en la sublimidad de sus miradas y en la postura de su brazo levantado y extendido sobre su imperio: pero, sobre todo, la elevacion de su clase brilla en ese pensamiento que esparce al rededor de si por medio de la pa-

LA UNIDAD RELIGIOSA.

ARTICULO IV.

labra y va á todas partes por medio de la escritura, y en esa alma de que los libros sagrados dan una idea tan magnífica diciendo, que *fué hecha á la imágen de Dios*.

Sí, el alma, por su imperio sobre esta porcion de materia que está unida á ella y á la que gobierna, representa alguna parte de la accion poderosa del motor del universo, y por la rapidez de sus pensamientos, la memoria de lo pasado, el conocimiento de lo presente y la prevision de lo futuro, se asemeja á la suprema inteligencia infinita, que de una ojeada abraza todos los tiempos y todos los lugares. La impetuosidad de sus deseos insaciables y la extension de sus esperanzas ilimitadas le advierten, que está destinada por gracia á aquella eternidad que Dios posee por naturaleza.

¡Oh Dios, Criador del universo! Vos sois el único Rey inmortal de los siglos; os habeis dignado constituir al hombre Rey del globo que habita, y sería menospreciar vuestros dones no conocer el valor de una dignidad que tenemos de vuestra divina munificencia. ¡Cuán apreciable debe sernos esta soberanía que viene de vos, y que es el preludio de la soberanía sin fin, de que un dia participaremos con vos en las mansiones de la inmortalidad!

Pongamos atento oido á las palabras de los publicistas y políticos liberales enemigos de la unidad religiosa.

«El príncipe, es decir, la persona á quien la nacion encomienda el gobierno y ejercicio de la potestad suprema, está obligado á velar por la conservacion de la religion reconocida, del culto establecido por las leyes, y tiene, por consiguiente, el derecho de reprimir á los que tratan de destruirla ó turbarla (Wattel, *Derecho de gentes*, t. I. l. I. cap. 12. pár. 135.)» Es imposible expresar con mayor precision los conceptos que atribuimos á los políticos enemigos de la unidad religiosa; los cuales confiesan con M. Thiers, que «no puede darse sociedad ninguna que no sea dirigida por ciertas ideas morales profundamente establecidas, y que para que estas obtengan la autoridad que les pertenece, deben tener un origen superior.» Wattel, por su parte, declara «que la piedad ilustrada es en los pueblos el apoyo mas firme de la legítima autoridad,» y que «establecida en el corazon del soberano, la misma piedad es la prenda de la seguridad del pueblo y de la confianza que este deposita en la persona que lo gobierna.» Está, pues, reconocida la conveniencia, más todavia, la necesidad de la religion para el régimen y la vida de las naciones; mas ¿cree, por ventura, el lector, que la religion de que estos hablan es la católica, única verdadera? ¡Oh! lo que menos les importa á tales pensadores es la verdad; á lo que más atien-

den es á la utilidad, á la conveniencia política; dignos discípulos de Maquiavelo, el turbante vale á sus ojos tanto casi como la cruz. La religion que al Estado le ponen la obligacion de conservar, es la que está oficialmente *reconocida*, el culto *establido por las leyes*; de modo que si les fuera posible crear ellos dogmas positivos y preceptos morales á su gusto, esta seria la religion del Estado que aspiran á formar y dirigir. Lo esencial es *moralizar*, como dicen, al pueblo, inculcando en los ánimos la idea del deber moral, singularmente el de no tomar lo ageno contra la voluntad de su dueño, «ahora predique estas nobles y necesarias ideas el filósofo en nombre de la razon, ó el Sacerdote en nombre de la fe, ó el Pastor protestante á nombre del libre exámen, ó el israelita en nombre de Moisés.» «Todos estos,» añade Thiers, «son bienhechores del género humano; y los gobiernos deben mirarlos como á sus mas útiles cooperadores, y asegurarles á todos una situacion pacífica y respetada.» Por su parte el mismo Wattel, despues de haber recordado al príncipe, en quien el pueblo soberano ha depositado el poder supremo (porque ninguno de estos señores conoce el derecho divino), despues de haberle recordado el deber de conservar la religion *establecida por las leyes*, añade: «Pero bien puede asegurarse, por regla general, que el medio mas seguro y conforme con la equidad de prevenir las alteraciones que pueden originarse de la diversidad de religion, es la tolerancia universal de todas aquellas que no contengan cosa alguna contra las costumbres ni contra el Estado.» Aquí tiene el lec-

tor comprobada la exactitud con que hemos formulado la doctrina política que en órden á la religion profesan los que, careciendo de toda piedad, todavia se dignan descubrirse delante del Cristianismo, ora por consideraciones estéticas, ora sobre todo temiendo que el dia en que el Estado repudie por completo al Dios que adoran los católicos, vendrá la liquidacion de la cuenta que los *sansculottes* de la Internacional y de la *Commune* se prometen ajustar á los Epulones de nuestros dias. Detengámonos, pues, un momento para probar contra los autores citados, lo primero, que las ideas morales carecen de virtud en boca del filósofo y del protestante y hasta del judío; y lo segundo, que todo culto que no sea el católico es forzosamente inmoral y pernicioso.

Donosa ocurrencia la de Thiers, presentar al mundo á los filósofos como bienhechores del linaje humano. ¡Y qué filósofos! No ciertamente los que investigan las razones supremas de la realidad y del saber humano á la luz de la fé, porque estos, en punto á los preceptos morales, no hacen sino repetir, sin mision ni autoridad para enseñar á los pueblos, lo que ellos mismos han aprendido de los enviados por Dios para iluminar las conciencias; sino los apóstoles de una ciencia que, léjos de investigar para sí, ni de mostrar á los demás el *origen superior* de donde procede la autoridad que deben tener las ideas morales para influir eficazmente en las costumbres, todo su empeño lo cifran en crear la ciencia de la vida sacándola de su propia razon, elevada á la alta dignidad de legisladora del linaje humano. Pero todos saben

que la razon es una de las fuerzas de que consta la naturaleza humana; una parte, aunque nobilísima, de esta naturaleza, de la cual depende, y, por tanto, que carece de la superioridad que supone toda soberanía.

Pero aunque la razon fuera superior al hombre, que no lo es ni puede serlo, sino antes es menos que él, pues toda parte es menos que el todo respectivo; aunque fuera, decimos, superior al hombre, y esta superioridad se elevase á la dignidad de un derecho tan excelso como es el de enseñar á la criatura racional la regla de lo bueno y de lo justo, y obligarla á su guarda y observancia, se pregunta: ¿en qué filósofo vamos á considerarla personificada? Porque nadie ignora, que los filósofos no están de acuerdo sobre lo que es bueno ó malo, justo ó injusto; lejos de estarlo, apenas hay verdad alguna moral, por evidente que sea, que no la haya combatido algun filósofo, ni ha habido vicio, por destructor y monstruoso que nos lo figuremos, que no haya sido glorificado por la filosofia separada de la fé. La impiedad, el suicidio, el robo mismo, ningun delito, en fin, deja de tener abogados entre los que llama Thiers *bienhechores del linaje humano*; á los cuales bienhechores la sabiduría de los antiguos, hasta entre los gentiles, hubiera, por lo ménos, expulsado del territorio de su nacion como á envenenadores públicos y enemigos mortales del propio linaje humano. ¿Qué más? No conocemos ni un solo libro de la moral puramente filosófica, engendrada por el espíritu racionalista que reina en las ciencias emancipadas del magisterio divino de la Iglesia, ni un

solo libro donde la moral no se vea minada en sus fundamentos eternos, y amenazada de muerte.

¿Tendrán, por ventura, las ideas morales más autoridad en las palabras de los pastores protestantes? No por cierto: los moralistas del libre exámen no pueden enseñar en buena lógica verdad ninguna determinada: en sus pláticas y exhortaciones excitarán, si se quiere, á las gentes á interpretar, cada cual á su modo, los documentos de las Escrituras; pero ¿con qué derecho pueden exigirles asenso á las sentencias que ellos profieran? Para enseñar á los hombres en nombre de Dios, es preciso haber recibido del mismo Dios mision y autoridad; y los Pastores protestantes no la tienen: dirán, cuando más, cosas razonables; pero, razon por razon, los mormones y los comunistas preferirán la suya. Lo mismo puede decirse del israelita que habla en nombre de Moisés. ¿De quién ha recibido el encargo de enseñar las verdades morales? ¿Cómo ha de constarle al pueblo la fidelidad del rabino en la exposicion é interpretacion del sagrado texto?

En resolucion, ni en las cátedras de los filósofos, ni en las capillas evangélicas, ni en las sinagogas de los judios, oirán jamás los pueblos aquellas doctrinas puras y santas, aquellas lecciones autorizadas y persuasivas, aquella palabra llena de uncion y eficacia que solo se oye de lábios del Sacerdote cristiano. Fuera del Catolicismo, la regla de las costumbres es una direccion incierta, una luz vacilante y fria, linea inmóvil de conducta sin vida ni movimiento. «Filósofos,» decia por otra parte Rousseau á

los de su tiempo, «vuestra moral es muy hermosa, ¿pero dónde está su sancion?» «Protestantes,» decimos á nuestra vez, «¿no sois vosotros los que enseñais al pueblo la horrenda doctrina de que las buenas obras no son necesarias para la salud?—Y vosotros, raza en cuya frente está escrita por una mano de hierro la palabra *deicida*, ¿qué puede esperar el mundo en punto á moral de la inconcebible dureza de corazon con que seguis crucificando al Justo?»

No más sobre los bienhechores que le han salido al linaje humano, al decir de Mr. Thiers. ¿Qué delito ha cometido la mísera humanidad, para que se la condene á ir su camino llevando por guias á tales ciegos? ¿No es esto condenarla á que perezca en los abismos de la depravacion y del vicio, y condenar á la sociedad á morir á manos de ladrones y asesinos?

Aquí oimos de nuevo la voz de los publicistas liberales, que nos llaman al órden diciendo que la tolerancia debe entenderse de suerte que á nadie sea licito hacer ni decir cosa alguna contraria á la *moral cristiana*, regla inviolable de las costumbres y del culto, la cual debe ser protegida por las leyes. Otros invocan á este propósito la moral que llaman *universal*, que es como si dijéramos un ente de razon, una quimera; pero nuestros hombres, los que hemos dicho que se quitan cortésmente el sombrero al pasar junto á ellos el Hombre Dios, prefieren la moral cristiana como reguladora del culto y de las costumbres. Ahora bien, en el artículo siguiente pensamos demostrar que todo culto que no sea el católico, es forzosamente inmoral y pernicioso.

No es desconocido de nuestros lectores el nombre de D. Aquilino Amezua, excelente factor de órganos establecido en Valencia, calle de Sta. Irene, 1.º, puesto que en otra ocasion, y con motivo de una de sus obras construida en un pueblo de nuestra provincia, le tributamos los merecidos elogios. Hoy nos complacemos en traducir un suelto del *Diario de Perpiñan*, consagrado á celebrar el órgano construido en aquella catedral por el referido autor; dice así:

«Muy pronto tendrá lugar en la Catedral la inauguracion del órgano de acompañamiento construido por el señor D. Aquilino Amezua. Hemos oido ya este magnífico instrumento. Sus primeros ecos revelaron en él un gran poder, una armonizacion fina y delicada, una suavidad perfecta en prestarse al acompañamiento de las voces y de la música concertante y una sensibilidad sorprendente en las variaciones, efecto de una caja de expresion sabiamente combinada. Este órgano tiene diez y seis piés y siete pedales de combinaciones.

«Felicitemos sinceramente al señor Amezua, hábil constructor, á quien se confió la reparacion de éste grande órgano.»

Nosotros le enviamos tambien nuestros plácemes y sentimos verdadera satisfaccion al leer tales elogios en un periódico del extranjero, que tanto honran á un hijo de nuestro país.

VARIETADES.

DEL MAESTRO

FRAY LUIS DE LEON.

Renunciacion del mundo y conversion de un pecador.

(Continuacion.)

Yo confieso que pequé
Como ingrato y atrevido,
Y que he sido fementido,
Pues he mentido á la fé
Que á tal Dios he prometido.

Y digo que mi vivir
Fué tan malo ¡Oh buen Jesús!
Que me atreveré á decir,
Que otro no tal como tú
No me pudiera sufrir.

Y entiendo que si tuvieron
Sufrimiento aquellos dias
Los que mis maldades vieron,
Solamente las sufrieron
Porque tu me las sufrias.

De suerte que yo entendia
En ofenderte pecando;
Y tú, Dios y gloria mia,
En andarme conservando
El tiempo en que te ofendia.

Y así en la paga que doy,
Y en lo mucho que me quieres,
Mostramos entrambos hoy,
Yo, que pago como soy,
Tú, que das como quien eres.

Solo esto bueno han tenido
¡Oh Soberano Señor!
Las culpas que he cometido,

Y es que descubren mejor
La bondad del ofendido.

Mas ¡ojalá yo no hiciera
Cosa en que fuera entendida
Tu bondad de esta manera!
Que muy mejor estuviera
Encubierta que ofendida.

Mas pues no se puede hacer
Que lo que fué no haya sido,
Dame tú, Señor, querer,
Con que quiera más no ser,
Que ser y verte ofendido.

Y para que más no ofenda
A tu infinita bondad,
Rige tú, mi Dios, la rienda
De mi ciega voluntad,
Que yo propongo la enmienda.

Porque si tú no la enfrenas
Está tan mal inclinada,
Que no me sirve de nada
El proponer cosas buenas
Para acabar la jornada.

Por lo cual es menester
Que, pues me has querido dar
Principio en el proponer,
Me des constancia en obrar
Para poder merecer.

Haz que este principio crezca
Hasta bien perficionalle,
No porque yo lo merezca,
Sino porque no parezca
Que no supiste acaballe.

No me niegues este sí
Que todas las cosas obra;
Aunque bien se yo de tí
Que la voluntad te sobra,
Si hay disposicion en mí.

Y pues aquesto es verdad,
Yo me quiero disponer;
Pero aun no puedo querer,

Si para esta voluntad
Tu no me das el poder.

No puedo cosa sin tí:
Tu vences, tuya es la palma;
Mas porque yo venza en tí,
Haz que viva en tí mi alma,
Y tu en lugar de ella en mí.

Grande merced te suplico
Tras obras tan enfadosas,
Pero á pedilla me aplico
Porque sé que un Dios tan rico
No sabe dar pocas cosas.

Señor, esta carne insana,
Olvidada de la muerte,
Me lleva tras sí de suerte
Que, como ingrata y villana,
Solo me invita á ofenderte;

Y yo, como vivo en ella,
Gusto tanto de su gloria,
Que por no descomplacella
Niégalo al alma la vitoria,
A trueque de darla á ella.

Y viéndose vencedora
Queda tan vana y proterva,
Que hace sierva á su señora,
Y cuando la llaman sierva
Luego se me queja y llora.

Propongo de sujetalla,
Y al tiempo de hacerlo así
Tiemblo luego en la batalla,
Porque para castigalla
He de dar el golpe en mí.

Si tú no me das favor
Contra tan fiero enemigo,
¿Cómo he de vencer, Señor,
Si mi adversario mayor
Va siempre asido conmigo?

¿Cómo podré sujetalle
Y librarle de sus lazos,
Pues aunque quiera matalle,

No puedo ni un golpe dalle
Si él no me presta sus brazos?

O ¿cómo querrá el cruel
Contra sí mismo ayudarme,
Si tú no me libras dél?
Yo siento tal fuerza en él
Que no podré dél librarle.

Mas si tú me das favor
Con que su poder deshaga,
Yo tengo por fé, Señor,
Que quedaré vencedor,
Aunque el demonio más haga.

Y que mi soberbia carne
No me apartará de tí,
Si haces tú, Señor, en mí
Que yo por ti me descarné,
Pues tú encarnaste por mí.

¡Oh carne enemiga perral
¿No sabes que ese tu ser
En tierra se ha de volver?
Pues ¿de qué te ensalzas, tierra?
¿Tierra, qué piensas hacer?

Si por verte entronizada
Vas buscando libertad,
Dale á Dios humilde entrada,
Y quedarás endiosada
Y llena de magestad.

Porque es Dios tan liberal,
Que en la posada donde entra,
Como su poder es tal,
Cualquiera cosa que encuentra
La convierte en celestial.

Pues si buscas en el suelo
Magestad, honra y riqueza,
¿Qué mayor honra y alteza
Que, siendo tierra, ser cielo
De la divina grandeza?

Llega, mí Dios, que ya dice
Que es tuya y que por tí muere:
Ya el espíritu te quiere,

La carne no contradice:
¿Pues por qué quieres que espere?

Señor, ¿tú no la llamabas?
Pues ya te quiere y adora:
Mas justo es que espere agora,
Pues cuando tu la rogabas
Hizo muy de la señora.

(Se continuará.)

FÁBULA.

El buho y la urraca.

Éranse un buho callando
De una gruta en un rincón,
Y afuera una urraca hablando
Y hablando sin ton ni son.

Creyéndole algún jumento,
Le dijo al buho la urraca;
«¿Teniendo ese gran talento
»A relucir no lo saca?»

«Ese talento de usia
»Lo reserva tan guardado,
»Que, en verdad, no extrañaría
»Que de él se hubiese dudado.»

Hirió quizás en lo vivo
Al taciturno animal,
Pues ya comunicativo
Respondió entonces formal:

«Es justo reconvenir
»Al que al hablar tiene espanto;
»Mas usia que habla tanto,
»¿Qué es lo que suele decir?»

¡Con qué profundo sentido
Habló el buho!... Pues señor,

No sé si me habrá entendido
Algún flamante orador.

Antonio Campos y Carreras.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial, á las nueve y media, misa conventual con sermón que predicará D. Casiano Quilez, canónigo magistral, y por la tarde, á las cuatro, plática dominical á cargo de D. Mariano Angelo Borja, canónigo de la misma. El mismo día en la iglesia parroquial de Sta. María, en la misa mayor, habrá sermón, que dirá D. Rafael Amat, capellán de la Casa Maternidad de Huérfanos y Desamparados de esta provincia.

Martes.—En las Agustinas, á las ocho misa de renovación, y por la tarde, á las tres y media, sermón de cuaresma á cargo de D. Enrique Farach, sochantre de la parroquia de Santa María.

Jueves.—En las Capuchinas, á las seis y media, misa de renovación, y por la tarde, á las cuatro, predicará D. Vicente Morell, Pbro. teniente cura de la Colegial.

Viernes.—En la colegial, á las diez, misa de Feria con sermón que predicará D. José Carratalá, teniente cura de la misma. En Santa María, por la tarde, á las cuatro y media, después de rezar el santo rosario, habrá sermón, á cargo de D. Antonio de P. Bañez, Capellán Rector de los establecimientos penales de esta capital, finalizando este acto religioso con el Miserere.